

—prefero ignorar todas estas cosas. ¡Vive Dios, cuarta y tercia es ya mucho más de la mitad!

Tomad, primo Jerónimo—dijo poniendo en la mano del soldado una bolsa bastante escualida;—aquí dentro hay cuatro escudos de oro, de que mi parienta Amapola me ha hecho hoy generosa donación. Mañana por la mañana, si esto no os molesta, podéis ir á la abadía de San Germán de los Prados y entregar tres escudos de oro al padre Antonio, mi antiguo confesor, á fin de que celebre el mayor número de misas que sea posible en sufragio de mi alma.

—Vamos, Andeol, no pensemos en esto—interrumpió el soldado.

—Bien puedo pensar yo, primo mío—añadió Pacífico sonriendo,—pues pienso en la muerte sin temor.

Preguntábase Ripail si, excepción hecha de él, había visto jamás un hombre tan verdaderamente valeroso como el que tuvo toda la vida la fama de cobarde, no sólo á los ojos de los demás, sino en el sentir de su propia conciencia.

—En cuanto al otro escudo de oro—prosiguió Pacífico,—os pido que lo aceptéis, primo, y que os lo bebáis todo á mi memoria. Fáltame daros las gracias y deciros que os deseo prosperidad y dicha en este mundo. He aquí á la duquesa Isabel y al duque Juan, que van á quedarse desde ahora sin un solo servidor... Y no os diré más sobre este punto, primo Jerónimo. Durante quince años, Dios ha velado por la viuda y el heredero, y yo no desconfío de la bondad de Dios, á quien encomiendo mi alma.

Esto dicho, irguióse apoyándose sobre la cruz de su espada, después de haberla besado devotamente. La luz llegaba entonces al punto en que estaban los dos primos: era una antorcha conducida por un lacayo que precedía á tres caballeros.

—El que va delante es Vincencio Tarchino, ¿no es verdad?—preguntó el pedagogo.

—Sí—respondió Jerónimo;—el italiano Tarchino.

—¡Muy bien!—gritó Pacífico, levantando su espada y dando un paso hacia la comitiva.

—¡Echa pie á tierra, Vincencio Tarchino, traidor y cobarde!

—Tú has venido aquí por Olivier de Graville, traidor y cobarde como tú. Yo vengo por Juan de Armagnac, conde de la Marche y duque de Nemours. ¡Apéate! ¡Te espero!

La luz de la antorcha caía sobre su pálido semblante, que resaltaba entre los largos mechones de sus cabellos negros, y en derredor del cual brillaba una especie de aureola de resignación.

Tarchino saltó sobre la arena de la ribera, y entregó la brida de su cabalgadura á uno de los jinetes que le seguían; no se había fijado aún en Jerónimo Ripail, que permanecía algo separado y vuelto de espaldas.

VIII

COMBATE NOCTURNO

—¡Hola, mi venerable señor!—exclamó Vincencio Tarchino al reconocer á su contrincante:—¿conque habéis abandonado vuestra sotanilla y vuestro cucurucho de nigromante? Felicito á mi joven adversario por haber encontrado un sustituto tan gallardo como vos.

Entonces empezó á distinguir confusamente la silueta de Jerónimo, que la obscuridad hizo tomara por Juan de Armagnac.

—¡Vamos, hermoso hijito mío!—prosiguió el italiano, dirigiéndose al pretendido Armagnac;—¡al aire la tizona, os lo ruego! Al día siguiente de una fiesta

hay necesidad de descansar y dormir. Concluámos pronto.

Pasó por el lado izquierdo de Pacífico, que se quedó inmóvil y silencioso delante de él, para acercarse al que creía su verdadero adversario.

Al verle venir, Ripail llevó instintivamente la mano al pomo de la espada. A causa de su proverbial habilidad en el manejo del estoque, Tarchino era, tal vez, el único hombre que en el mundo pudiera atemorizar al bravo Jerónimo. Por otra parte, había en este punto perfecta reciprocidad entre el italiano espadachín y el mercenario Ripail, pues éste poseía también una brillante reputación como tirador del acero. Tan luego como Tarchino descubrió sus facciones, retrocedió palideciendo.

—¿Estoy por ventura soñando?— exclamó.—¿Habéis venido aquí para batiros contra los de la Marche, maese Ripail?

—No es eso precisamente, maese Tarchino,—respondió Jerónimo, que ocultaba su embarazo bajo un aire jactancioso y atrevido.

—A decir la verdad —añadió,—conozco á más de uno que echaría á volar su tizona, como vos decís, porque ese buen hombre es algo pariente mío, y uno puede muy bien echar un cuarto á espadas para defender á los suyos, sin faltar por esto al respeto que al señor es debido. Pero como ya me hago viejo, la edad me induce á ser prudente. He venido, pues, aquí única y exclusivamente porque fui soldado de Nemours antes de serlo de Gravelle, y porque estimo conveniente vigilar á fin de que no se obre traidoramente contra el heredero de Armagnac.

—Cruzaos, pues, de brazos, amigo Jerónimo, y decidme no más dónde encontraré á ese heredero de Armagnac, porque pareceme que poco ha, vuestro venerable deudo, que tiene algo devanados los

sesos desde hace muchos años (y no os ofendáis por ello), me encajaba un discurso de curial.

—Mi primo es un hombre respetable y digno—replicó Jerónimo poniéndose en facha,—y dice que sería un disparate mayúsculo consentir que se empeñaran en un lance sangriento la sangre más noble del reino y la sangre vuestra, maese Vincencio.

—¿Esas tenemos?—exclamó Tarchino.—¿Y vos abundáis también en ese modo de pensar?

—Yo opino de idéntica manera, maese Tarchino.

Este volvió la espalda dirigiéndose hacia sus dos compañeros, que seguían montados.

—No se presenta bien esta aventura—murmuró;—desperdiciamos ayer la ocasión, y esa señora se burla hoy de nosotros.

—¡Venerable sujeto!—añadió en alta voz mirando á Pacífico,—¿es que el que llamáis Juan de Armagnac no vendrá aquí esta noche? ¿Estáis seguro de ello?

—Estoy aquí en su lugar y en su representación,—respondió el hermano Pacífico.

—¡Por la muerte del diablo!—gritó Tarchino, cuya cólera buscaba donde desahogarse:—cuando se usurpa así un nombre de caballero, no se debiera proceder como un niño cobarde y prestar la espada al primer histrión encargado de convertir en farsa grotesca un combate á muerte.

Hasta la noche anterior nunca se habían abrigado en el pecho de Pacífico más que ideas de humildad, de misericordia y de mansedumbre; pero la víspera un hombre había hundido en el cieno y en su presencia la memoria de su difunto señor; ese mismo hombre había arrojado la vergüenza y la infamia al rostro de la viuda de su amo, y encontrábase ahora con que el mismo traidor insultaba al hijo de la misma manera que al padre y á la madre. Pacífico tenía una espada en la mano; todo su ser

se sublevó, y su mejor amigo no hubiera acertado á recompensarle cuando exclamó tendiendo los brazos sobre el maldiciente italiano:

—¡Tú eres el cobarde, lacayo pordiosero, denostador de los difuntos, de los niños y de las mujeres sin amparo! ¡Tú, que llegas á ser más cobarde que embustero y ruín!

Apoyábase con una mano en la cruz de su espada, mientras que con la otra parecía indicar la señal de ignominia que manchaba la frente del italiano; su cuerpo se levantó altivo y casi majestuoso; sus hinchadas narices aspiraban el aire con violencia, y sus ojos despedían rayos de cólera.

—¡Por mi Santo Patrón!—decía Jerónimo;—¡qué soldado habría salido de mi pariente Andeol si hubiera empezado más pronto su carrera!

Tarchino tomaba ya su parte de campo. En el fondo, no era hombre capaz de conmoverse por el apóstrofe de Pacífico; y si bien le ponía de pésimo humor la ausencia del joven que había ido á buscar, alimentaba, no obstante, no sé qué vaga esperanza de concluir aquella noche su aventura.

El semblante de aquel joven leoncito que se lanzó contra él, en medio de un círculo de soldados, la noche anterior, había quedado impreso en su memoria; era imposible que fuera aquel joven esforzado quien inventara las sutilezas que acababa de exponer Pacífico; era imposible que fuera Armagnac quien enviara al punto de la cita al pobre pedagogo, con el pretexto de que su nobilísima sangre valía más que la del otro.

Esas ideas no suelen ocurrirse á los mozos de veinte años.

Tarchino no podía saber exactamente lo que había pasado; pero abrigaba sospechas que tenían muchos puntos de contacto con la verdad de las cosas. En lo que se equivocaba era en suponer que Ri-

pail tenía mayor participación en los actos de Pacífico.

—Le habrán dado á beber algún narcótico—pensaba,—ó bien está recluso en algún aposento retirado; tal vez Blanca, que corria hace poco con tanta decisión al pie de las murallas, está vertiendo lágrimas en este momento para enternecer á aquel héroe de los cuentos de hadas, y le intima que no se ponga la armadura. Pero si duerme, despertará; si es Blanca quien le detiene, al fin triunfará el joven de sus lágrimas y ruegos, tarde ó temprano, porque ella no se atreverá á pasar toda la noche fuera del castillo, ¡qué diablo!

De este doble razonamiento dedujo Vincencio Tarchino que, ganando tiempo, había posibilidad de obtener un desenlace mejor. Estuvo vacilando un instante, con el pie en el estribo y la mano en la perilla de la montura.

—Sin embargo—dijose á sí mismo,—después de todo, no sería una tarea del todo inútil batirse con ese personaje grotesco; porque si lo dejo esta noche aquí tendido sobre la arena, no podrá volver á jugar nos partidas tan pesadas como la de hoy.

Este fué el término final de sus indecisiones.

—Venerable hermano—dijo desenvainando el acero:—hubiera muerto como un impío si fuera yo quien me hubiera empeñado en luchar con vos en singular combate; pero me acabáis de denostar cruelmente... y hay algo de cierto en lo que decís acerca de nuestras respectivas posiciones: yo soy el campeón de Graville, y vos el de Armagnac. ¡Levántense, pues, las antorchas, Raúl y Pedro! Empezad la danza.

Pacífico se santiguó ostensiblemente y púdose ver cómo encomendaba su alma á Dios.

Levantó la espada, tomó la daga con la mano izquierda y púdose en guardia con tanta torpeza

como si Jerónimo Ripail no le hubiera dado lección alguna.

—Las tres cuartas partes del peso del cuerpo, sobre la pierna izquierda—murmuró el soldado, acercándose á su primo;—la muñeca hacia dentro para cubrir la garganta, la punta á los ojos y la daga en la cadera.

—Dejad, hermano Jerónimo—dijo Pacífico con sencillez;—ya veréis cómo me porto. Creo que no durará mucho el combate.

Las armas chocaron. Vincencio se había puesto en esa guardia italiana que parece no tener más objeto que cubrir la retirada, y que, sin embargo, desde el principio del combate es fecunda en golpes como los de los parthos, que se baten huyendo. Tanteó el acero de Pacífico, que encontró firme, ya que no ágil, y se entretuvo jugando como si estuviera en una sala de armas.

A pesar del cambio de armas y á pesar del uso del puñal en la mano izquierda, que fué abolido en tiempo de Luis XIII, el arte italiano de la esgrima distaba mucho de hallarse entonces en su infancia. El espadachín de Nápoles podía divertirse á su sabor, porque después de algunos passes, quites y estocadas, el pobre pedagogo no veía ya en torno de sí, á pesar del resplandor de las antorchas. Sin embargo, no faltó á la promesa que acababa de hacer de trabajar con toda su alma. No era ciertamente él quien hubiera perdido una pulgada de terreno; antes, por el contrario, avanzaba sin cesar, pegando cuchilladas furiosas, aunque á la ventura. Maese Tarchino se vió alguna vez algo embarazado para resistir la violencia de los golpes.

Pacífico no estaba ya muy seguro de si acometía en tercia ó en cuarta; pero arremetía con tanta conciencia, que cada una de sus estocadas perdidas

en el vacío habría bastado para atravesar á un hombre de parte á parte.

Y á medida que iba prolongándose la lucha, crecía en él más y más la animación; el sudor surcaba sus mejillas, y brotaban de sus labios gritos, sonidos y frases inarticuladas. Al observar que siempre acometía, y que su adversario continuaba, no obstante, enfrente de él y sin recibir la menor herida, se sintió maravillado. Era preciso que aquel hombre poseyera algún encanto ó amuleto que le hiciera invulnerable. Pacífico ponía á su espada bajo la protección de todos los santos, exorcisaba al demonio invisible y buscaba fórmulas cabalísticas que fueran más poderosas que la punta de su espada.

Vincencio permanecía allí sonriendo sin cesar y sin que su respiración hubiera llegado á acelerarse; de vez en cuando desviaba el acero de Pacífico y daba un salto á la derecha ó á la izquierda para fijar el oído en algún lejano rumor. Durante mucho tiempo quedaron fallidas sus esperanzas: las riberas del Sena seguían desiertas y silenciosas; á lo lejos, por la parte de la ciudad, iban apagándose las luces unas en pos de otras sucesivamente.

Pero en un momento dado, vió Tarchino que Ripail miraba hacia el Louvre, en cuya dirección oía-se el rumor de unos pasos que se acercaban precipitadamente. El semblante del italiano se iluminó de alegría. ¿Había sido previsor? ¿Era aquél que llegaba el leoncillo que había roto los hierros de su jaula?

La preocupación que se apoderó del ánimo de Tarchino fué tan vehemente, que llegó casi á olvidar á su adversario, aunque, á decir la verdad, el italiano podía defenderse muy bien de Pacífico, aun con los ojos cerrados. Sin embargo, el pedagogo, perdiendo su memoria, acababa de recordar un com-

junto de gran fuerza y poder, y este descubrimiento hizo que redoblara su valor. En el momento que maese Tarchino exhalaba un grito de gozo, viendo aparecer á la luz de las antorchas el famoso traje rosa y azul del servidor de la reina de Sabá, la espada de Pacífico, asida con ambas manos, estaba suspensa sobre su cabeza.

El italiano podía darse por difunto. La cuchillada por sí sola, sin el auxilio del conjuro, era bastante vigorosa para hundir una cabeza de buey; pero la espada quedó en el aire y Pacífico vaciló sobre sus piernas, porque la voz de Juan de Armagnac le hirió como una chispa eléctrica.

Juan de Armagnac llegaba á su espalda y decía:

—¡Es mía esa espada! ¡Pacífico, eres un mal servidor!

Pacífico soltó el arma y llevó ambas manos á su pecho.

Jerónimo Ripail estremeciase hasta la medula de los huesos. La presencia de aquel heróico niño, que era el hijo de su señor, y que venía para reclamar el derecho de morir, despertaba en él con súbita violencia sentimientos que creía del todo extinguidos para siempre.

Juan de Armagnac tomó el arma que acababa de caer de las manos de Pacífico, apartó al pedagogo con un imperioso ademán y púsose en su sitio.

—No había por qué descubrirme el nombre de mi padre—dijo con acento de nueva reconvención,—si luego me querías deshonrar.

Pacífico se quedó como petrificado. Cualquiera de las resoluciones que cruzaban por su mente, hubiera podido vencer, seguramente, su modestia y su humildad; pero la mirada altiva de su joven señor le hizo bajar los ojos, cruzarse de brazos y murmurar con la convicción de siempre:

—¡Es verdad, sí; es verdad!

Juan Rubio estaba ya en guardia delante de Tarchino.

Era, en verdad, un espectáculo extraño y penoso á la vez, ver á aquel apuesto joven vestido de fiesta, con sus rubios ensortijados cabellos que juguetaban sobre su frente de virgen, puesto delante de un soldado de bronceada tez, de brazos robustos como el acero y de mirada cautelosa, astuta y cruel.

Jerónimo Ripail hizo un movimiento para interponerse entre los dos; pero los aceros chocaban ya el uno con el otro, y un pequeño reguero de sangre enrojecía la parte superior del cuello del italiano.

—¡Atrevidísimo Juan, mi querido calavera!—murmuró Jerónimo entusiasmado en presencia de aquella hermosa suerte.—Muchas veces lo he pronosticado: llegarás á tirar mejor que yo. ¡Santo Dios! ¡Santo inmortal! ¡ha parado una estocada que á mí me habría abierto como un faisán!... ¡Mira, primo Andeol, no te distraigas, hombre! ¡Te juro que nunca en mi vida he presenciado nada tan hermoso!

Pacífico juntaba las manos y miraba con ojos extraviados y ciegos; su aliento no llegaba á salir de los labios.

Lo que nos queda por referir fué obra de pocos segundos. Las espadas chocaban y se buscaban y se huían con milagrosa presteza, y por más que los que sostenían las antorchas adjudicaran de antemano la victoria á Tarchino, y por más que éste iba bien cubierto de cuero y de aceradas mallas, mientras que Juan llevaba sólo sobre su cuerpo la ligerísima seda de sus vestiduras, la ventaja seguía aún de parte de Armagnac, pues al italiano le manaba sangre de dos heridas.

En este momento oyóse una voz de mujer en mi-

tad del río, mientras otra voz respondía desde el extremo de la vereda que llegaba al Louvre:

—¡Alto! ¡Deteneos!—gritaban las dos voces.

Juan de Armagnac no oyó más que la voz de mujer; su corazón cedió y arrojóse hacia Blanca, á quien acababa de reconocer; al practicar este movimiento, la espada de Tarchino penetró en sus carnes.

Blanca de Armagnac por una parte, y por otra Juan Moreno, precipitáronse hacia el lugar de la refriega, en tanto que Juan de Armagnac caía sin sentido en los brazos del hermano Pacifico, consternado.

La espada de Juan Moreno tronchó el brazo de Tarchino, que levantaba su puñal para hundirlo en el corazón de Juan Rubio.

Armóse luego una confusa y animada pendencia. Pacifico volvió á apoderarse del arma que su desgraciado y joven señor acababa de tomarle; como los dos compañeros de Tarchino se habían dado buena prisa en apagar las antorchas, gritaba como un insensato, mientras buscaba desesperadamente en medio de aquella densa obscuridad. Jerónimo, instigado por Juan Moreno, acababa de tomar francamente el partido de Armagnac.

Entre el ruido de las cuchilladas, oíase la dolorida y tierna voz de Pacifico, que exclamaba:

—¡Piedad, mi noble y querida señora! ¡Le he dejado morir! ¡Piedad, piedad! ¡El último Armagnac ha muerto!

Los gritos confusos fueron apagándose poco á poco, cesaron los rumores del combate y oyóse el galopar de los caballos de los fugitivos.

Cuando el pedagogo, Juan Moreno y Jerónimo volvieron á la playa y al sitio en que habían dejado á Juan de Armagnac desvanecido en los brazos de Blanca, no encontraron ya allí á uno ni otro.

La desmayada voz de Pacifico se elevó aún para llamar á su joven señor: el silencio fué la respuesta que obtuvo. Perdióse á lo lejos el galopar de los caballos y volvió á reinar la quietud, junto con la soledad, á lo largo de las orillas del Sena.